



La subjetividad adolescente como territorio de frontera

Maria Elisabeth Cimenti

El psicoanálisis dialogando con la adolescencia siempre se sitúa ante una subjetividad en jaque. El adolescente es un sujeto que se pregunta por la realidad de su cuerpo y por los ideales que impregnan el tejido de sus lazos familiares. Esas dos propuestas ocurren entrelazadas y cuestionan el síntoma que lo definía hasta entonces y que estaba profundamente anclado en las angustias parentales.

El cambio corporal impone al adolescente una identificación con el cuerpo adulto de su padre o de su madre. Se siente despojado de su cuerpo infantil, que había conocido hasta ese momento y que había sostenido su imago de Ser alguien. El lenguaje de la madre, junto con su deseo, atravesó su imagen corporal de manera especular, dándole un sentido de existencia, que se perdió en los excesos de su cuerpo adolescente de manera irreparable. Sus recursos de lenguaje aún no dan cuenta plenamente de esta nueva experiencia y hay un desplazamiento de la vivencia gestáltica corporal experimentada en su primera infancia. El espejo empieza a reflejar una imagen extraña, no reconocida como suya, que a la vez lo asombra y lo fascina. Y, no por casualidad, se convierte en fuente de largas y repetidas investigaciones, a las que intenta responder: ¿quién soy yo?

Ese cuestionamiento permea las búsquedas del joven curioso y muchas veces, según Rassial (1999), lo lleva a buscar despertar la mirada del Otro a través de lo sexual, para descubrir el interés que aún puede suscitar. Entonces se impone otra pregunta, ya realizada en la infancia: ¿qué quiere el otro de mí?



Acerca su mirada al mundo adulto para cuestionar quién es él y cómo se sitúa ante la vida, registrando ahora sus contradicciones y fallas, a diferencia del niño pequeño que consideraba a sus padres la perfección ideal. De esta investigación no escapa el analista, que más que nunca, ante el adolescente, necesita mantener un discurso verdadero, sin juicios y una postura de respeto a la libertad del joven en la búsqueda de su propio deseo.

Tal posición puede sostener el otro dilema joven: separarse de los ideales paternos y de las figuras familiares, con miras a escapar de la endogamia y buscar alternativas fuera de la familia. Sin embargo, no se puede olvidar que estos objetos familiares se hallan basados en conexiones preedípicas y edípicas – por lo tanto, el desligamiento será dolorido y con idas y venidas.

En el momento en que se produce la caída de los padres ideales, sin que aún se hayan elegido nuevos objetos como fuente de admiración, identificaciones y vínculos afectivos, pueden volver a presentarse situaciones de mucha angustia y, no por casualidad, en ocasiones, eclosionar cuadros psicóticos importantes. En este momento de caída de los objetos ideales infantiles, puede volverse importante el uso de objetos autistas, como las drogas, la anorexia y las diversas formas de adicción, en el intento de sortear esa separación.

Sobre este tema, Colette Soler (1997) afirma que jamás nos libramos de la alienación frente al deseo del Otro. “La alienación es el destino... Es un destino ligado al habla. Pero la separación no es destino. La separación es algo que puede estar presente o no, y aquí Lacan evoca... un querer... La separación requiere que el sujeto *quiera* separarse de la cadena significante” (Colette Soler, 1997, p. 62). El adolescente es retado a querer separarse.

El desarrollo se da idealmente a través de la construcción de una tela tejida con lazos de afecto, consideración y respeto, que podrán dar sostén afectivo y ser trasladado a nuevos objetos alejados de la familia. El joven logra esa posibilidad a partir de los distintos destetes que tuvo que realizar durante su vida infantil. Estas



experiencias podrían ser denominadas de “castraciones”. Lacan es preciso cuando afirma que, en la rivalidad con el padre, ocurre aquél *juego de quien pierde, gana* (Lacan, 1981, p. 214). Tales experiencias han permitido el descubrimiento de otras formas de disfrutar. Si ese adolescente no se quedó preso a un significante de sentido fijo, definido y vacío de paradojas, podrá ir adelante en el deseo de separarse, como tantos jóvenes que ya vimos proseguir en una vida adulta con autonomía. Este logro requiere el movimiento de desplazarse del lugar de ser el deseado para el lugar del deseante, de sujeto que ejerce un querer. Su deseo deja de ser el deseo del deseo, para ser el sujeto de su propio deseo, con todas las consecuencias que eso conlleva. Se entrelazan nuevas posibilidades, ya que el deseo toma formas imprevistas: es errático, descarriado, y su impulso ligado a la sexualidad toma la delantera en este escenario, llevándolo hasta el dilema de la elección de un objeto de deseo sexual que le permita descubrir formas de gozo hasta ahora no experimentadas.

Aquí me gustaría hacer un corte, para pensar más allá de los adolescentes que vienen a nuestros consultorios y que viven tales embates protegidos por una familia, que no siempre es ideal, pero que al menos puede brindar un lugar donde vivir dentro de razonables condiciones mínimas de seguridad y comodidad.

Propongo que se pueda pensar en un contexto diferente: los niños que viven en condiciones de profunda indigencia y falta de cuidados, a menudo necesitando ser *adultos* para sobrevivir. Podemos pensar en una madre y un padre drogadictos o alcohólicos y que tienen innumerables hijos, sin poder ejercer mínimamente la función de cuidadores. Por lo general, un niño o una niña mayores, pero que no exceden los seis o siete años, necesitan cuidar de los pequeños e incluso de sus padres. En el tratamiento de niños institucionalizados, a menudo escuchamos declaraciones como: *Mi madre estaba enferma... ¡Por supuesto, mi padre la molestaba mucho! Ella iba allá comprar droga. ¡Yo le decía que no hiciera más eso! Yo cuidaba de mis hermanitos. ¡No era difícil!*



¿Cómo no era difícil, si solo escuchar tales declaraciones era tan difícil para mí? ¡Esos niños se vuelven adultos antes de convertirse en adolescentes! ¿Cómo se producen esos procesos hasta ahora mencionados en un niño con ese tipo de experiencia? ¿Qué fronteras de las dichas etapas de desarrollo podemos establecer ahí? ¿Es posible ser un adulto adolescente?

Estos niños suelen estar expuestos a un alto grado de violencia. Uno escucha, por ejemplo: *Un día estaba en la calle con mi hermanita – no nos gustaba quedarnos en casa –, luego vino un pibe con un arma y le puso el revólver en la cabeza, así, ¿ves? (enseña). Mi amiga y yo tomamos su manita y salimos corriendo, corrimos a la casa de mi amiga y nos quedamos allá.*

¿Y adónde correr cuando la violencia está en todas partes? Recurro, para ilustrar esta situación, al documental colombiano *La Sierra*, que presenta el enfrentamiento de grupos de jóvenes paramilitares que luchan entre sí o con la propia organización gubernamental, que en teoría debería proteger, pero que ejerce sus fuerzas para hacer la situación más violenta aún. Tomo ese documental porque se filmaron jóvenes de un barrio de Medellín, en lugar de artistas. Sus vidas fueron documentadas, con filmaciones y entrevistas, y uno de ellos fue asesinado por funcionarios del gobierno al final de la realización del documental.

Realidades muy similares, con pequeñas variaciones, aparecen en la película brasileña *Cidade de Deus* y en muchas otras. Ellas exponen a niños y jóvenes armados se imponiendo por la violencia. La ley es matar o morir; a veces no se mata, sino que se muere a causa de la brutalidad racial o de otro tipo, a menudo ejercida por autoridades gubernamentales. La América Latina está llena de ejemplos de tal fuerza, que afecta principalmente a niños y jóvenes negros, en el caso de Brasil.

Se destaca en el documental colombiano, entre otros muchos hechos, la situación de chicos de 16 ó 17 años que, al tanto de una muerte cercana, se involucraban con más de una niña, las cuales quedaban embarazadas simultáneamente, para dejar su continuidad en la vida, y sus abuelos recogían y protegían a estos niños con cariño, porque representaban la descendencia de su hijo.



Esas vidas tan jóvenes y tan viejas oscurecen las fronteras de la adolescencia. Parece que nos encontramos con niños adultos, jóvenes viejos y adultos adolescentes, como tantos que, en nuestra clase social, la contemporaneidad se olvida de madurar.

Ante lo expuesto, se destaca una pregunta. ¿Puede el cuerpo conceptual del psicoanálisis dar cuenta de realidades tan diversas?

Referencias bibliográficas:

LACAN, Jacques. *O Seminário. Livro 4. A relação de objeto*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar Ed., 1995.

SOLER, Colette. "O Sujeito e o Outro II", in: *Para ler o Seminário 11 de Lacan. Os quatro conceitos fundamentais da psicanálise*.

Feldstein, Richard et all. *Para ler o Seminário 11 de Lacan. Os quatro conceitos fundamentais da psicanálise*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar Ed., 1997

RASSIAL, Jean-Jacques. *O adolescente e o psicanalista*. Rio de Janeiro: Companhia de Freud, 1999.